



## CONSEJOS DE S. VICENTE DE PAUL

SOBRE LA PREDICACION DE LA DIVINA PALABRA,

SACADOS DE SU VIDA QUE ESCRIBIÓ SU ANTIGUO AMIGO  
EL ILUSTRÍSIMO ABELLY, OBISPO DE RHODEZ.



### Palabras notables de S. Vicente tocante á las misiones.

Nosotros tenemos obligacion (decia un dia hablando á los de su congregacion) de trabajar en la salvacion de los pobres habitantes del campo, porque para eso nos ha llamado Dios; y S. Pablo nos convida á seguir nuestra vocacion y corresponder á los eternos designios que tiene Dios sobre nosotros. Pues este trabajo es el punto capital de nuestra congregacion: todo lo demas es accesorio; porque nunca hubieramos trabajado acerca de los ordenandos, ni los seminarios eclesiásticos si no hubiesemos juzgado que era necesario, para mantener los pueblos en buen estado y conservar los frutos de las misiones, hacer de modo que hubiese buenos eclesiásticos entre ellos, imitando en esto á los guerreros conquistadores que dejan guarnicion en las plazas tomadas, por no perder lo que tanto trabajo les ha costado ganar. ¿No somos bien dichosos, hermanos mios, en ex-

presar al natural la vocacion de Jesucristo? Porque ¿quién expresa mejor que los misioneros el método de vida que Jesucristo guardó en la tierra? No lo digo solamente de nosotros, sino que lo entiendo tambien de esos grandes operarios apostólicos de diferentes órdenes que hacen misiones dentro y fuera del reino. Esos son los grandes misioneros, y nosotros no somos mas que las sombras suyas. ¿No veis cómo se trasladan á las Indias, al Japon, al Canadá para acabar la obra que empezó Jesucristo y que no ha abandonado desde el primer instante que la voluntad de su padre le dedicó á ella? Pensemos que nos dice interiormente: Salid, misioneros, é id á donde os envio. Os estan esperando unas pobres almas: su salvacion depende en parte de vuestros sermones é instrucciones. Esto es, hermanos mios, lo que debemos considerar bien, porque Dios nos ha destinado para trabajar en tal tiempo, en tales lugares y para tales personas. Asi destinaba sus profetas para ciertos lugares y personas, y no queria que fuesen a otra parte. Mas ¿qué responderiamos á Dios si sucediese que por culpa nuestra llegara á morir y perderse alguna de estas pobres almas? ¿No tendria motivo de acusarnos que eramos en cierta manera causa de su condenacion por no haberla asistido como podiamos? Y ¿no deberiamos temer que nos pidiese cuenta de ella á la hora de nuestra muerte? Al contrario si correspondemos fielmente á las obligaciones de nuestra vocacion, ¿no tendremos motivo de esperar que Dios aumente de dia en dia sus gracias en nosotros, que multiplique cada vez mas la congregacion y le dé hombres con las disposiciones convenientes para obrar con su espíritu, y que bendiga todos nuestros afanes? Y por último todas esas almas que conseguirán la salud eterna por nuestro ministerio, darán testimonio á Dios de nuestra fidelidad en el desempeño de nuestro cargo.

¡ Qué dichosos serán los que á la hora de la muerte vean cumplidas en ellos aquellas palabras preciosas de nuestro Señor: *Evangelizare pauperibus misit me Dominus*. Ved, hermanos míos, cómo parece que nuestro Señor nos quiere declarar por estas palabras que una de sus obras principales era trabajar para los pobres. Pero ¡desgraciados de nosotros si somos flojos y cobardes para servir y socorrer á los pobres! porque despues de haber sido llamados por Dios y habernos dado á él para eso descansa de cierto modo en nosotros. Acordaos de estas palabras de un santo padre: *Si non pavisti, cecidisti*, que se entienden á la verdad de la refaccion corporal; pero que pueden con la misma y aun con mas razon aplicarse á la espiritual. Juzgad si no tenemos motivo de temblar caso que lleguemos á faltar en este punto, y si á causa de la edad ó so pretexto de algun achaque ó indisposicion nos enfriamos y degeneramos de nuestro fervor primero. Por mi parte no me tengo por exento no obstante mis años de la obligacion de trabajar en servicio de los pobres; porque ¿quién podria impedirmelo? Si no puedo predicar todos los dias, predicaré dos veces á la semana, y si no tengo fuerza para que me oigan en las iglesias grandes, hablaré en las pequeñas; y si aun para esto no alcanzare mi voz, ¿quién me quitaria hablar sencilla y familiarmente á estas buenas gentes como yo os hablo ahora, haciendo que se acercaran á mí y me rodearan como vosotros ahora? Yo sé de algunos viejos que podrán levantarse contra nosotros el dia del juicio, y entre otros un buen padre jesuita, hombre de santa vida, que despues de haber predicado muchos años en la corte, acometido á la edad de sesenta de una enfermedad que le puso á orillas del sepulcro, le manifestó Dios cuán vacios é inútiles eran los mas de aquellos discursos estudiados y limados de que se servia en su

predicacion; de modo que sintió el religioso muchos remordimientos de conciencia. Luego que recobró la salud, pidió y obtuvo licencia de sus superiores para ir á enseñar la doctrina y hacer exhortaciones familiares á los pobres campesinos. En estas caritativas tareas empleó veinte años y perseveró hasta la muerte, y viendose próximo á espirar pidió una gracia, y fue que enterrasen con la su cuerpo una varita que usaba en la explicacion de doctrina, para que aquella varita, decia, diese testimonio de cómo habia abandonado los empleos de la corte por servir á nuestro Señor en la persona de los pobres campesinos.

Alguno de los que buscan larga vida, podria tal vez temer que el trabajo de las misiones se la acortase y acelerase la hora de la muerte, y para esto tratase de eximirse de ellas como de una desgracia temible. Pero yo preguntaria al que tuviese este sentir: ¿es una calamidad para el que viaja por un pais extraño adelantar el camino y llegar á su patria? ¿Es una calamidad para el navegante acercarse al puerto? ¿Es una calamidad para una alma fiel ir á ver y poseer á su Dios? Por último ¿es una desgracia para los misioneros ir pronto á gozar de la gloria que les mereció su divino maestro con su pasion y muerte? ¡Cómo! ¿se teme que llegue una cosa que no podemos desear bastante y que siempre tarda demasiado en llegar?

Pues lo que digo á los sacerdotes, lo digo tambien á los que no lo son, lo digo á todos nuestros hermanos. No, hermanos míos, no creais que porque no estais empleados en la predicacion, estais exentos por eso de las obligaciones que tenemos de trabajar en la salvacion de los pobres, porque podeis hacerlo á vuestra manera, acaso tan bien como el mismo predicador y con menos riesgo para vosotros: á ello estais obligados siendo miembros de un mismo cuerpo con nosotros,

asi como todos los miembros del sagrado cuerpo de Jesucristo cooperaron cada uno á su modo á la obra de nuestra redencion, porque si la cabeza de Jesucristo fue atravesada de espinas, los pies fueron tambien traspasados con los clavos con que estaban sujetos en la cruz; y si despues de la resurreccion fue recompensada aquella cabeza sacratísima, tambien participaron los pies de la recompensa y partieron con ella la gloria de que fue coronada.

### OPINION

*de S. Vicente acerca de las virtudes mas necesarias á los misioneros y del método de predicar que deben observar.*

Estando lleno este gran siervo de Dios de un espíritu verdaderamente apostólico, bien podia conocer cuáles eran las virtudes mas convenientes y necesarias para los misioneros, supuesto que las poseía todas en un grado eminentísimo y las habia practicado en toda su perfeccion. Decia pues no tanto por racionio quanto por experiencia propia que entre todas las virtudes necesitaban particularmente los misioneros una humildad profunda y una gran desconfianza de sí mismos para no achacar á su aplicacion y trabajo la conversion de las almas y los otros frutos de sus misiones, sino atribuir fielmente toda la gloria de ellas á Dios sin reservar nada para sí á no ser la confusion de sus culpas y faltas. Juzgaba tambien que debian tener gran fé y perfecta confianza en Dios para no desmayar en las penas y contradicciones, ni arredrarse por las dificultades que se encuentran en sus cargos, una caridad y zelo ardentísimo de la salvacion de las almas para buscarlas, socorrerlas y servir las, mucha mansedumbre y

paciencia para atraerlas y soportarlas, gran simplicidad y prudencia para guiarlas derechamente á Dios, gran desprendimiento de las cosas terrenas para estar mas libres en las faenas que emprenden por Dios y mas propios para inspirar á los demas el afecto á los bienes celestiales, una continua mortificacion corporal y espiritual para que los movimientos de la naturaleza no estorben en ellos los movimientos de la gracia, gran indiferencia respecto de los empleos, lugares, tiempos y personas para no tener otra pretension en todo que hacer la voluntad de Dios; de modo que aun aquellos mismos que hablasen en público, estuvieran siempre dispuestos á dejar el púlpito á otro enmedio de una mision, si tal fuese la voluntad del superior, y por este motivo mandaba particularmente á sus misioneros que tuvieran consideracion con los demas predicadores que hallasen en las parroquias, les cediesen gustosos el púlpito, y les manifestasen toda clase de respeto. Por último queria que sus misioneros fuesen hombres de oracion y ejemplares, creyendo que por este medio sacarian mas fruto que con toda la ciencia y elocuencia que pudieran emplear, porque la oracion les atraeria abundantes gracias y uncion interior, y el buen ejemplo dispondria los ánimos para recibir bien lo que ellos les comunicasen despues de inspirarselo Dios.

En cuanto al método de predicar en las misiones S. Vicente de Paul escribia lo siguiente á uno de sus sacerdotes el año 1633:

«Por diferentes personas he sabido que la bondad de Dios se complace en derramar su bendicion sobre vuestra mision de N. Todos hemos quedado muy consolados, y porque reconocemos que esta gracia abundante viene de Dios, y solo la continúa á los humildes, los cuales confiesan que procede del Señor todo el bien que se hace por ellos, le pido de todo corazon que os

dé mas y mas el espíritu de humildad en todos vuestros ejercicios, porque debeis creer con toda seguridad que Dios os quitará esta gracia en cuanto deis entrada en vuestro espíritu á alguna vana complacencia atribuyéndoos lo que pertenece á Dios solo. Humillaos pues grandemente, atendiendo á que Judas habia recibido gracias mas excelentes que vos, y habian tenido mas efectos que las vuestras, y no obstante se perdió; y ¿qué aprovechará al mas grande predicador del mundo, dotado de las cualidades mas ventajosas haber hecho resonar su voz con aplauso en toda una provincia, y aun haber convertido á Dios millares de almas, si él llega á perder la suya?

«No os digo esto porque yo tenga ningun motivo particular de temer esa vana complacencia en vos ni en N. que trabaja en vuestra compañía, sino para que si el demonio os asalta por este lado, como sin duda lo hará, pongais suma atencion y fidelidad en rechazar sus sugerencias y honrar la humildad de nuestro Señor. Estos dias pasados tenia yo por materia de mi conferencia la vida comun que nuestro Señor quiso hacer sobre la tierra, y veia que habia amado tanto esta vida comun y abyecta de los otros hombres, que por acomodarse á ella se abatió cuanto pudo hasta el punto (¡ó cosa admirable que supera toda la capacidad del entendimiento humano!), que aunque era la sabiduría increada del padre eterno, quiso predicar su doctrina con un estilo mucho mas sencillo y humilde que el de sus apóstoles. Os ruego que veais cuáles fueron sus sermones, y los compareis con las epístolas y sermones de S. Pedro y S. Pablo y de los demas apóstoles. Parece que el estilo que usa es de un hombre de poca ciencia, y que el de sus apóstoles es propio de personas que sabian mas que él; y lo mas extraño es que quiso que su predicacion produjese

mucho menos efecto que la de sus apóstoles, porque en el Evangelio se ve que ganó á estos y á sus discipulos casi uno á uno y con trabajo y fatiga; y S. Pedro convirtió cinco mil personas en su primer sermón. Ciertamente esto me ha dado mas luz y conocimiento, segun me parece, de la suma y admirable humildad del hijo de Dios, que ninguna consideracion que haya tenido sobre esta materia.

«Todos los dias decimos en el santo sacrificio de la misa estas palabras: *In spiritu humilitatis* &c. Pues un santo personaje me decia un dia haber oido del bienaventurado obispo de Ginebra que este espíritu de humildad que pedimos á Dios en todos nuestros sacrificios, consiste principalmente en mantenernos en una continua atencion y disposicion de humillarnos sin cesar en todas ocasiones tanto interior como exteriormente. Pero ¿quién nos dará este espíritu de humildad? ¡Ah! nuestro Señor, si nos hacemos fieles á su gracia y diligentes en producir los actos de esta. Hagamoslo pues, os suplico, y para ello procuremos acordarnos uno de otro cuando pronunciamos estas mismas palabras en el altar: asi lo espero de vuestra caridad.»

Hablando un dia á los sacerdotes de su casa sobre este mismo asunto les decia: «Es menester que la congregacion se dé á Dios para explicar por medio de comparaciones familiares las verdades del Evangelio cuando se trabaja en las misiones. Estudiemonos pues para modelar nuestra alma á este método imitando á nuestro Señor, quien como dice el Evangelio, *sine parabolis non loquebatur ad eos*. Empleemos con parsimonia los pasajes de los autores profanos en los sermones, y aun asi ha de ser únicamente para que sirvan de escalon á la sagrada escritura.»

Tambien recomendaba á sus misioneros que no se dejasen arrebatados de un fervor excesivo en sus sermo-

nes, ni levantarán mucho el tono de la voz, sino que hablarán al pueblo sencillamente y con mediano tono, tanto para ser más útiles á su auditorio, que escucha con más gusto y recibe mejor lo que se le dice así, como para economizar las fuerzas y la salud, porque habiendo de predicar á menudo y casi diariamente durante buena parte del año, y en algunas ocasiones dos veces al día, se reducirían ellos mismos á la imposibilidad de continuar si llegaran á echar á perder la voz y debilitar el pecho á fuerza de gritar. Hé aquí lo que escribió un día á uno de sus sacerdotes:

«Me han avisado que haceis excesivos esfuerzos cuando habláis al pueblo, y que esto os debilita mucho. En nombre de Dios mirad por vuestra salud y moderad la voz y los afectos. Ya os he dicho en otra ocasión que nuestro Señor bendice los discursos que se hacen hablando en un tono común y familiar, porque así enseñó y predicó él mismo, y que siendo natural este modo de hablar, es más cómodo también que el otro que es forzado, y que el pueblo le aprueba más y saca mejor provecho. ¿Creeréis que habiendo conocido esto los cómicos han mudado de tono, y ya no le levantan para declamar como antes, sino que lo hacen á media voz como quien habla á los que le escuchan? Un sujeto que ha pertenecido á esta clase, me lo decía días atrás. Pues si el deseo de agradar más al mundo ha podido conseguir esto de los actores de teatro, ¿qué motivo de confusión no sería para los predicadores de Jesucristo si el afecto y el zelo de procurar la salud de las almas no tuvieran el mismo influjo sobre ellos?

«Por lo demás me ha contristado mucho que en vez de explicar la doctrina cristiana por la tarde hayáis predicado sermones en vuestra misión; lo cual no debe hacerse: 1.º porque el predicador de por la mañana puede tener sentimiento de este segundo sermón:

2.º porque el pueblo necesita más de esta explicación de la doctrina y aprovecha más: 3.º porque haciendo esta explicación parece en cierto modo que hay más motivo de honrar el método que observó nuestro Señor Jesucristo para instruir y convertir al mundo: 4.º porque es nuestra costumbre, y el Señor se ha servido bendecir grandemente esta práctica, en la cual se hallan más medios de ejercitar la humildad.»

#### ADVERTENCIAS

*que hacia S. Vicente á sus misioneros tocante al modo de proceder con los herejes en las misiones.*

Como suele haber herejes en los lugares donde se hacen las misiones, particularmente en algunas provincias como la Guiana, el Langüedoc, el Poitou etc, en las que se ha propagado más esta cizaña que en las otras; S. Vicente, cuya caridad no tenía límites, y que abrazaba la salud espiritual de los extraviados como la de los otros, quería que los misioneros de su congregación se emplearan según sus fuerzas en procurar la conversión de los herejes que se encontrasen en sus misiones; pero para lograrlo les prescribía diferentes máximas, cuya conveniencia había conocido por experiencia.

Primeramente estimaba que las controversias y disputas en materia de religión, y particularmente las que se hacen con un espíritu de acrimonia y palabras picantes, no eran de ningún modo propias para convertir á los herejes; y así recomendaba á los suyos que las evitaran absolutamente, sobre todo las invectivas y los cargos. A este propósito decía que las personas doctas no podían ganar nada con el diablo por la so-

berbia, mucho mas cuando estaba mas poseido de ella que aquellos; pero que por el contrario seria vencido facilmente por la humildad, porque era arma de que él no podia servirse. Añadia que no habia visto ni oido nunca que ningun hereje se hubiese convertido por la sutileza de un argumento, sino por la mansedumbre y la humildad.

Mas aunque S. Vicente no fuera de opinion que sus misioneros se empeñasen en las controversias y disputas con los herejes, les recomendaba que aprendiesen cuidadosamente todo lo relativo á la teología polémica y á las controversias para estar siempre prontos, segun la máxima del príncipe de los apóstoles, á dar razon de su fé, á sostener la verdad de ella y á convencer de falsedad los errores contrarios, conferenciando amistosamente con los herejes y respondiendo blandamente á sus objeciones mas bien para convertirlos que para confundirlos; y en todo tiempo los obligó á celebrar conferencias y á hacer un estudio particular de esta materia. Acerca de ella escribió lo siguiente en 1628 desde la ciudad de Beauvais, donde estaba entonces, al que habia dejado para que gobernara en su ausencia el colegio de los Buenos niños en Paris.

«¿Cómo está la comunidad? ¿están todos en buena disposicion y contentos? ¿Se observan las reglas? ¿Se estudia y se hacen conferencias? ¿Se observa en ellas el orden prescrito? Os suplico que trabajéis cuidadosamente en esto: que se procure poseer bien el Becan, porque es indecible cuán útil es este librito para este fin. Dios se ha dignado de servirse de este miserable (habla de sí) para la conversion de tres personas desde que salí de Paris; pero debo confesar que la mansedumbre, la humildad y la paciencia en el trato con estos pobres extraviados son como el alma de

este bien. He tenido que gastar dos dias en la conversion de uno de ellos: los otros dos no me han costado tanto tiempo. He querido decir esto para mi confusion, para que vea la comunidad que si Dios se ha dignado de servirse del mas miserable é ignorante de ella, con mas eficacia se servirá de cada uno de los demas.»

Asi su máxima era juntar á la doctrina y al estudio de las controversias una buena dosis de humildad, mansedumbre y paciencia para usarla cuando se tratase de conversar ó conferenciar con los herejes, y hasta queria que se les mostrase cierto respeto y cariño, no para halagarlos en sus errores, sino ganarlos mas facil y eficazmente: sobre todo estimaba que la vida virtuosa y ejemplar de los católicos y particularmente de los eclesiásticos y misioneros tendria mas fuerza que ninguna otra cosa para sacarlos del error y hacerlos abrazar la verdadera religion. Muchas veces inculcó esto en sus cartas, como cuando escribiendo al superior de la casa de Sedan le hablaba en estos términos:

«Cuando el rey os envió á Sedan, fue con la condicion de no disputar nunca con los herejes ni en el púlpito ni en particular, sabiendo que esto sirve poco, y que las mas veces es mas el ruido que se mete que el fruto que se saca. La buena conducta y el buen olor de las virtudes cristianas puestas en práctica atraen los extraviados al camino recto, y confirman á los católicos en él: asi es como la comunidad debe aprovechar á la ciudad de Sedan, añadiendo á los buenos ejemplos los ejercicios de nuestro ministerio, como instruir al pueblo por nuestro método ordinario, predicar contra el vicio y las malas costumbres, probar y persuadir las virtudes demostrando su necesidad, su uso y los medios de adquirirlas; en lo cual debeis trabajar prin-

principalmente. Si deseais hablar de algunos puntos de controversia, no lo hagais si el Evangelio no os excita á ello, y entonces podreis sostener y probar las verdades que los herejes combaten, y aun responder á sus razones; mas sin nombrarlos ni hablar de ellos.»

Uno de los hermanos de la congregacion, que era muy habil cirujano, tuvo inspiracion de ir á Madagascar á contribuir con los beneficios de su arte y de su caridad á la propagacion de la fé, y S. Vicente le envió para que se embarcara en la Rochela en diciembre de 1659 con algunos sacerdotes de la misma. Pero habiendo sabido aquel buen hermano que varios hugonotes iban á hacer el viaje á dicha isla en la misma nave, se disgustó sobremanera y manifestó su sentimiento á S. Vicente en una carta, á la cual el prudentísimo superior respondió en estos términos:

«Siento muchísimo saber que llevareis herejes en vuestra nave, y por consiguiente que tendreis que sufrir mucho de su parte. Pero al fin Dios es el soberano, y lo ha permitido así por razones que ignoramos, acaso para obligaros á ser mas reservado en su presencia, mas humilde y mas devoto con Dios, y mas caritativo para con el prójimo, para que vean la excelencia y santidad de nuestra religion, y por este medio se muevan á volver á ella. Será preciso evitar cuidadosamente todo género de disputas é invectivas con ellos, mostraros paciente y benigno hácia ellos, aun cuando se desaten contra vos ó contra nuestra creencia y prácticas. La virtud es tan bella y amable, que se verán forzados á amarla en vos si la practicais bien. Es de desear que en los servicios que prestéis á Dios en la nave, no hagais acepcion de persona, ni diferencia entre los católicos y hugonotes, para que estos conozcan que los amais en Dios. Espero

que vuestros buenos ejemplos aprovecharán á los unos y á los otros. Cuidaos, os ruego, y cuidad á nuestros misioneros &c.»



«Hemos tenido la ventaja de conocer desde nuestros mas tiernos años al venerable sacerdote Vicente de Paul. Sus piadosas pláticas y sus prudentes consejos no contribuyeron poco á inspirarnos afición á la verdadera y sólida piedad y amor á la disciplina eclesiástica. En la edad avanzada en que nos hallamos, no podemos recordar su memoria sin una suma alegría. Promovido al sacerdocio tuvimos la dicha de asociarnos á aquellos virtuosos eclesiásticos que se reunian todas las semanas para conferenciar de las cosas de Dios. Vicente fue el autor y el alma de estas santas reuniones. No hablaba ninguna vez que no lo oyésemos todos con infatigable avidez y sintiesemos en nuestro corazon que Vicente era uno de aquellos varones de quienes dijo el apostol: *Si alguno habla, que parezca que Dios habla por su boca* (Bossuet, carta al papa Clemente XI para la beatificacion del V. Vicente de Paul).»

FIN.